

MIS PRIMEROS PASOS EN EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS Y LA PROMESA DE UNA VIDA ACADÉMICA EN ÉL: PRIVILEGIO Y COMPROMISO

*Carmen Patricia López Olvera**



Redacta estas líneas una joven que se formó como ayudante de investigación, doctoranda y que recientemente logró integrarse a la comunidad del Instituto como investigadora. Planeo dejar este testimonio para recordarlo en el 100 aniversario y sucesivos, hasta donde la vida me lo permita.

Viajé de “La perla del Pacífico”, Mazatlán, a la Ciudad de México el 21 de agosto de 2010. Mis pertenencias: una cabeza llena de ilusiones y mucho ánimo para continuar mi formación como abogada. Mi objetivo: ingresar a la Maestría en Derecho de la Facultad de Derecho de la UNAM. Para mi fortuna logré ingresar a ella en enero de 2011 y de pronto me vi en las aulas recibiendo clases de magníficos profesores, entre ellos, mi maestro, el doctor Enrique Cáceres Nieto.

Con el paso de los meses y el contacto con asignaturas y temas de los que no había escuchado en mi tierra natal, mis intereses por el ejercicio práctico de la profesión fueron cediendo a los académicos y surgió un nuevo reto: realizar una estancia de investigación en el extranjero que me permitiera consolidar mi tesis y, al mismo tiempo, conocer otros contextos universitarios y prácticas de investigación. Gracias a la generosidad de nuestra Universidad y al Conacyt, en 2012 pude cumplir mi meta y pasé un semestre en la Universidad de Salamanca, bajo la tutoría del doctor Lorenzo Bujosa Vadell, investigador en el área de derecho procesal.

* Investigadora de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

Al año siguiente de mi regreso de España, en 2013, concluí mis estudios de maestría y como seguramente ocurre a muchos estudiantes me enfrenté a la pregunta: ¿y ahora qué sigue?

Pensaba sobre mi futuro sentada en el césped de las islas viendo hacia la Biblioteca Central cuando en un acto de iluminación decidí que trataría de hacer todo lo posible para que Ciudad Universitaria fuera mi casa, y dedicar mi proyecto profesional a la vida académica. Finalmente había descubierto que éste era el sueño que guiaría mis siguientes pasos. El momento quedó plasmado en una fotografía que hasta la fecha guardo en mi perfil de Facebook como recuerdo de mi compromiso.

A finales de este mismo año, el doctor Enrique Cáceres, quien había sido mi profesor de epistemología jurídica, generosamente me brindó la oportunidad de incorporarme a su equipo de jóvenes asistentes de investigación y a partir de ese momento los pasillos y rostros del Instituto comenzaron a formar parte de mi vida diaria. Empecé a familiarizarme con los investigadores e investigadoras del Área de Filosofía del Derecho; posteriormente, con los de otras áreas, así como con el valioso personal administrativo que hace que toda la maquinaria que hace posible la magia de la investigación funcione.

Me sentía tan orgullosa y privilegiada de estar en un Instituto con personalidades que han contribuido tanto al desarrollo del derecho en México, como el doctor Diego Valadés, “paisano” mazatleco, reconocido como uno de los sinaloenses ejemplares en el mundo, admirado y reconocido a nivel internacional, particularmente por la comunidad del derecho constitucional, a quien tuve el placer de conocer en 2010 cuando apadrinó mi generación en la Facultad de Derecho Mazatlán-UAS. Para mí, como para el resto de mis compañeros, fue un honor recibirlo en nuestra pequeña Facultad cuyo auditorio, por cierto, lleva su nombre.

Mis experiencias como asistente de investigación fueron muy enriquecedoras. Aprendí que hay distintas maneras de hacer investigación jurídica; que parte de las actividades académicas también consisten en organizar eventos y participar en congresos.

Recuerdo mis primeros eventos, en los que apoye en la organización y logística: el Segundo Congreso Internacional en Pedagogía y Didáctica del Derecho y las Terceras Jornadas Internacionales de Filosofía del Derecho. Me sentía tan dichosa de recibir a los ponentes y sobre todo de tener la oportunidad de convivir y participar en las discusiones con ellos.

Como parte de las actividades que realizaba como ayudante de investigación participaba en un seminario de tesis dirigido por mi maestro, el doctor Enrique Cáceres, gracias a quien pude retomar y reorientar mi tesis de

maestría cuya aportación central consiste en mi primera aportación teórica: la Teoría general de la competencia epistémica legislativa (Tegecel), cuyo objetivo es medir el grado en que las leyes contribuyen u obstaculizan la determinación de la verdad en el derecho. Parte importante del trabajo versa sobre la forma de resolver las tensiones que se suelen presentar entre los valores epistémicos y no epistémicos contenidos en las leyes procesales, cuya tesis central sostiene que sólo debe sacrificarse el valor epistémico de la verdad cuando no se encuentra una forma alternativa para proteger los valores no epistémicos. Consciente de la necesidad de proporcionar un modelo objetivo que permitiera medir el proceso de ponderación, propuse una fórmula matemática para medir el grado de competencia epistémica de las leyes, que probé mediante un análisis comparado de la legislación procesal penal de diferentes países. En el caso de México, la comparación entre el sistema inquisitivo y el sistema adversarial arrojó resultados tan sorprendentes como contraintuitivos. Tanto mi tesis como mi defensa en el examen de grado me hicieron acreedora de la mención honorífica, en junio de 2014.

Este mismo año di el siguiente paso en mi camino hacia la vida académica profesional que consistió en tratar de ingresar al programa de Doctorado del Instituto. No era una tarea sencilla. Bajo la tutoría de mi mentor, el doctor Enrique Cáceres, empecé a preparar mi proyecto de investigación sobre el problema de la valoración de pruebas científicas por parte de los jueces, con el fin de desembocar en un prototipo de sistema pedagógico computacional, desde el momento en que salió la convocatoria. Dediqué horas de ensayo para el examen de conocimientos y la entrevista.

Finalmente... estaba ahí, con nerviosismo, sentada afuera del Aula de Doctorandos —ubicada en el segundo piso donde actualmente se encuentra el Aula Centenario—, esperando a que me llamaran. Mi entrevista fue realizada por el doctor Francisco Ibarra Palafox, en ese entonces jefe del programa de Doctorado del Instituto, el doctor Juan Vega y el doctor Miguel López Olvera (mi “hermano de apellidos” al menos aparentemente, sin lazos familiares).

Afortunadamente pasé a formar parte del grupo de doctorandos privilegiados en ingresar al programa de Doctorado del Instituto.

Durante mis estudios conocí a tres excelentes jefes del programa, el doctor Francisco Ibarra Palafox, la doctora Susana Dávalos y la doctora Andrea Pozas Loyo.

Disfrute enormemente mi etapa de doctoranda en esta gran institución. Me encantaba participar en los seminarios y coloquios de doctorandos, aprender y compartir tan diversos temas con mis colegas de semestres avan-

zados como Pedro Villareal y mi paisano Carlos Pelayo, así como con mis compañeros de generación, como Juan Carlos Upegui, Luis Enrique Navarro y Alejandro Torres.

Con pleno conocimiento de que no podía ser doctoranda por siempre, y por mi gran amor y deseo de continuar en la Universidad, acepté una plaza como técnica académica en la Licenciatura en Ciencia Forense de la Facultad de Medicina, donde aprendí mucho sobre docencia, lo que nunca eclipsó mi verdadera vocación que era la investigación. Durante todo el tiempo siempre estuvo en mi mente regresar lo más pronto posible a la que consideraba mi casa, el Instituto y, sin descuidar mis múltiples actividades en la licenciatura, continué colaborando en los proyectos del Laboratorio de Constructivismo dirigido por el doctor Enrique Cáceres.

Aprovechando mi situación como doctoranda y académica, en 2017 realicé una estancia de investigación en la Universidad de Edimburgo, con el doctor Burkhard Schafer, brillante filósofo, matemático, lógico y jurista, ampliamente reconocido en el mundo de la inteligencia artificial aplicada al derecho, lo que me permitió asombrarme nuevamente con maravillas de la investigación previamente insospechadas, que enriquecieron mi investigación doctoral, dirigida por mi mentor.

A principios de 2019 concluí mi tesis: *Enseñanza judicial para la valoración de pruebas científicas, con referencia especial al sistema procesal acusatorio y la valoración de la prueba de ADN*. Además de la tesis propiamente dicha como producto de la investigación, desarrollé el prototipo de sistema para la capacitación de los jueces en la valoración correcta de las pruebas científicas que me había propuesto elaborar desde el principio, con el objetivo de que los capacitara y orientar a realizar una valoración adecuada de este tipo de pruebas, a pesar de su falta de formación en metodología de la investigación científica y filosofía de la ciencia. Dicha plataforma es accesible de manera gratuita en la dirección: <http://www.e-cienciayderecho.com/>. La investigación fue interdisciplinaria e integró conocimientos adquiridos en mis dos licenciaturas: derecho y criminalística, así como en la maestría, así como de pedagogía e informática jurídica. En el aspecto pedagógico conté con la invaluable asesoría de la doctora Frida Díaz Barriga Arceo, una de las autoridades más reconocidas en psicología educativa, coordinadora del Área de Psicología Educativa de nuestra Universidad. Por último, cabe destacar que la investigación no se limitó a la dimensión especulativa, ya que también tiene un carácter traslacional en el sentido de que en ella se realiza un desarrollo teórico exprofeso para resolver un problema para el que no existen marcos teóricos previos y de esa manera contribuir para resolver uno de los

grandes problemas nacionales: el control de la racionalidad en la toma de decisiones judiciales.

Mi examen doctoral tuvo lugar el jueves 11 de abril de 2019 a las 18:00 horas, en el aula Felipe Sánchez Román. Mis sínodos, la doctora Frida Díaz-Barriga Arceo, el doctor Juan Luis González Alcántara y Carrancá, el doctor Enrique Cáceres Nieto, la doctora Zoraida García Castillo y la doctora Andrea Pozas Loyo. Fue una tarde de tres elementos: nervios, satisfacción y felicidad.

En mi investigación doctoral cristalizó toda la formación que había adquirido en el Instituto, lo que me hizo acreedora de tres reconocimientos: la Beca de Disertación Doctoral en Ciencias Sociales y Humanidades “Dr. Raúl Cervantes Ahumada-2018”, otorgada por El Colegio de Sinaloa —del que sueño algún día ser miembro—; el segundo, la mención honorífica otorgada por mis sínodales, y el tercero el premio anual Marcos Kaplan 2020, otorgado por mi Instituto a la mejor tesis de Doctorado en Derecho y Ciencias Sociales de la UNAM. Leer las palabras: “se envía la notificación sobre el concurso Premio Dr. Marcos Kaplan 2020, del cual Usted resultó ganadora” me provocó una felicidad indescriptible. Desde que ingresé al programa de Doctorado anhelaba ganarlo, cada año que salía la convocatoria pensaba que algún día podría participar.

Meses después de la defensa de mi tesis doctoral surgió la oportunidad largamente esperada: una convocatoria para concursar a una plaza como investigadora en el IJ dentro del programa SIJA. Sin dudarle participé.

Tengo la fortuna de formar parte de esta maravillosa comunidad desde el 16 de marzo de este año, en el Área de derecho Procesal, vinculada con temas de epistemología y filosofía del derecho.

Debo decir que la pandemia por Covid-19 frustró mi felicidad un par de meses. Deseaba intensamente regresar al Instituto y tomar posesión de mi cubículo, acomodar mis libros, decorarlo con mis pósters de “La Lectora” de Renoir, y “Bordando el Manto Terrestre” de Remedios Varo, ver de nuevo los rostros de queridos investigadores y personal administrativo, y empezar a trabajar en mis nuevos proyectos, pero las puertas del Instituto se cerraron la misma semana en que ingresaba formalmente.

A pesar del inconcluso ritual iniciático, sé que volver a casa es cuestión de tiempo y me siento muy feliz, agradecida y privilegiada de ser parte del Instituto, el lugar donde di mis primeros pasos en la investigación, hice mis primeros artículos, capítulos para libros y tuve mis primeras participaciones en congresos, que desde luego, siempre pasaban por el ojo académico de mi

maestro, doctor Cáceres Nieto, cuya vida ha comprometido con nuestra Universidad y el Instituto, pasos que deseo también seguir.

Hoy vuelvo a ver mi fotografía sentada en el césped de Ciudad Universitaria entre la Torre de Rectoría y la Biblioteca Central, pero con una mirada diferente: no sé por qué, pero la distancia que me separaba de la Biblioteca... cada día se ve más corta.

Ciudad Universitaria a 1o. de agosto de 2020.